

Días de silencio

Alejandro Medina



Capítulo 1

Así como la etología estudia el comportamiento animal, la tanatología, en su rama psicológica, se encarga de estudiar los procesos emocionales que se derivan por la muerte de un ser querido o cualquier otro tipo de pérdida significativa no necesariamente física que cause estrés emocional en las personas. El proceso de duelo puede incluso llegar a ser traumático, llevando hasta el límite de sus emociones al ser doliente. Según la connotada tanatóloga Elizabeth Kübler-Ross, el proceso de duelo se divide en cinco etapas: 1) Negación; 2) Ira o enojo; 3) Negociación; 4) Depresión; 5) Aceptación. También dice la doctora que no todas las personas experimentan las cinco etapas.

Pero en este momento no voy a ponerme a desglosar cada una de esas cinco fases, pues esto de ninguna manera pretende siquiera ser un tratado científico. Lo que aquí me gustaría dejar asentado es un hecho que me ha causado ¿dolor? Sí: dolor. Porque pudo evitarse. Pero en el proceso no hubo negación, ni negociación, ni ira, ni depresión. Yo pasé directamente a la aceptación.

Y es por eso que para poder describir a plenitud este dolor tuve que venir por última vez a esta plaza de San Genaro, lugar que hasta hace semanas fue el lugar donde ella y yo solíamos pasar mañanas y tardes enteras enjugándonos de la misma diaria coreografía vista y aprendida en este pequeño espacio del planeta. Son las nueve quince de la mañana. Decidí sentarme en la misma banca, por añoranza. Como todas las mañanas, en el momento justo en que acabo de sentarme, Rosita, la señora que vende ropa de segunda mano, acaba de colgar la última prenda en el enrejado que delimita el terreno de la escuela primaria del barrio. A su lado, José Luis, el ayatero, que también cuelga su mercancía en el enrejado, está sentado en el borde de la vereda sorbiendo café de un vaso de dieciséis onzas; es un milagro volver a verle (cuando digo *milagro* entiéndase como un tropo, mas no porque piense yo que algo como eso pueda existir) después de tanto tiempo: así como a primera vista luce tranquilo de apariencia, es un alcohólico irredento; según me contó el padre de Tacna (ella, sí) durante alguna de las visitas que regularmente le hacía a su hija, José Luis fue en su juventud un boxeador notable, llegando incluso a ser campeón de peso ligero del Distrito Federal, pero como ha pasado con historias similares, el dinero y la fama lo deslumbraron muy rápido, y con la misma velocidad perdió todo, incluyendo el prestigio, y desde entonces ha vivido modestamente del ayate.

Puedo ver desde mi asiento el ajeteo que ya a esta hora de la mañana se forma en el tianguis que flanquea por el lado norte a la plaza: hombres jóvenes y no tan jóvenes (gritándose entre ellos «túpele, túpele» como arenga motivacional para realizar su trabajo lo más rápido posible) que descargan cajas de frutas y verduras de camionetas de redilas y *pick-ups*

que si pudieran hablar, rogarían por un merecido descanso. Señoras que ya han despachado su lista de la compra y se detienen formando grupos de dos o tres para ponerse al tanto de cualquier cosa.

Consulto mi reloj: nueve con veinte. Giro mi cabeza para contemplar la misma escena que desde la primera vez que la vi no ha dejado de causarme un sentimiento de ternura o admiración o algo parecido que sigo sin poder definir: enfrente de la plaza, entre casas y otros negocios de diferente giros, hay un local de venta de productos de belleza atendido exclusivamente por mujeres jóvenes, podría decirse casi adolescentes, cuyo rango de edades oscila entre los dieciocho a los veinticinco, se afanan en levantar la pesada cortina de metal, desahogar el interior del local y acomodar los productos, para luego disponerse a ser destacadas a las diferentes sucursales que la dueña dispuso en distintos puntos. La tienda más cercana se encuentra en La Cruz, un pequeño barrio a diez minutos en colectivo al sur de San Genaro; otra está ubicada en San Genaro el Chico, que es una suerte de ampliación de San Genaro, igualmente a diez minutos en transporte, pero en dirección noroeste; otras traspasan el límite estatal, en colonias como Altavilla, La Laguna, La Rústica y Cerro Gordo. Esta información la conozco porque cuando recién llegué a vivir aquí con Tacna, nos encontrábamos en una apremiante situación pecuniaria y ella sondeo esa opción, pero al conocer los destinos donde sería enviada la desechó por completo, y yo tuve que bancarme una temporada en un supermercado para mayoristas, que está en la parte vieja de San Genaro, de cargador. A lo mejor el sentimiento que aún no logro descifrar puede deberse a que puedo seguir viendo a las chicas. Pero que esto no se mal entienda. Quiero decir: en un país donde las mujeres lo tienen difícil —por decir lo menos—, estas chicas, que tienen que salir a ganarse el pan y la sal yendo solas al municipio más peligroso de la América Latina, verlas al día siguiente es un alivio, y no tendría que ser así, sino que debería ser de lo más normal, yo diría que hasta rutinario. La primera vez que me quedé hipnotizado mirando a las chicas Tacna dejó de hablarme medio día, pero con el paso del tiempo, y entendiéndolo que pudo estar bajo las mismas circunstancias, ella también interrumpía cualquier cosa que estuviera haciendo en el momento para contemplar la escena, ya bien sea que cerrara la novela que estaba leyendo, o que dejara de beber y depositara en el suelo el vaso con su famosa infusión de menta, o si escuchaba el noticiario matutino en su móvil lo apagaba, cruzaba la pierna y juntos mirábamos al ballet. Llegamos incluso a conmovernos por la constante rotación del personal. Tacna. Ya duele menos seguir acordándome de Tacna, pero me sigue doliendo. Los últimos días a su lado fueron un suplicio para ambos.

Solíamos en esta banca a dejar correr el tiempo leyendo cada uno su respectiva novela, platicando sobre cualquier cosa, mirando las apuraciones de la gente o escuchando música. Pero no cualquier tipo de música; eran tres piezas, fundamentalmente, con las cuales entrábamos en estado de sublimación: *On Green Dolphin Street* de Miles Davis;

Dancing in the dark de Julian "Cannonball" Adderley; y la majestuosa *Moniebah*, interpretación exquisita a piano y saxofón a cargo de Dollar Brand y Archie Shepp. La plaza está dominada en su mayoría por árboles de eucalipto, y en tiempo de lluvias el aroma que despiden es absolutamente estimulante. Si no mal recuerdo, todo comenzó a pudrirse una tarde cuando, después de un torrencial aguacero, vinimos a tomar el fresco aquí mismo. Nuestra relación siempre se basó en constantes cuestionarios (porque por más que se diga, la realidad es que nunca se acaba de conocer del todo a las personas, incluso a las más cercanas). Ella era muy incisiva con sus preguntas y nunca dejaba ningún cabo suelto. Yo, por mi parte, manejaba con moderación mis preguntas, nunca iba más allá de lo que ella me permitía, porque sabía que existía un momento de su vida que la abrumaba mucho y del cual no solía hablar a menudo, o por lo menos no de forma tan abrupta, y como nunca supe cómo abordar el tema lo dejé por la paz antes de causarle algún tipo de inconveniente o incomodidad. En cambio, yo le respondía todas y cada una de sus preguntas con cabal probidad. Y posiblemente se debió a eso, a una respuesta aquella tarde que no la satisfizo o que le reveló algo de mí que no le agradó tanto, que empezó el distanciamiento. Esa tarde cambió drásticamente su comportamiento. Al principio yo no le di importancia, pues pensaba que se trataba del espacio que regularmente se tomaba cada que concluíamos con un interrogatorio. Con el paso de los días, y al advertir que ya sólo nos comunicábamos para lo elemental y que el silencio adquiriría un tamaño descomunal, decidí actuar.

Ya viene cruzando la plaza la misma mujer uniformada de impecable traje sastre color azul marino; por el tipo de prendas que viste, podría suponer que es empleada bancaria o ejerce algún puesto de nivel importante en una aerolínea. Son las nueve con treinta. Enfrente de la plaza, la veo venir a la señora que todos los días, a esta hora, viene cargando dos costales repletos de víveres sobre un mismo hombro; marcha con paso bastante veloz y echando humo de cigarro por la boca como una locomotora; tendrá entre sesenta y cinco y setenta años. Camina tan rápido la señora, que no repara en la niñita que pasa a su lado con una velocidad más moderada cargando una cubeta de un galón repleta de vasos de gelatina. Recuerdo bien que cuando Tacna la vio por primera vez, aparte de comprarle mercancía, le hizo la plática con su particular estilo de preguntar. Así supimos que la niñita apenas cuenta los siete años, que es la mayor de tres hermanos, y que vendiendo gelatinas es la forma en que ayuda a su mamá con los gastos de la casa. Ya también viene bajando por la calle principal de San Genaro, empujando un carrito de supermercado, la señora que vende café, té y sándwiches acompañada por su hija adolescente. Es una señora muy simpática y guapa. Exagerando el cálculo de su edad, tendrá cuarenta y cinco años. Sin lugar a dudas, puedo asegurar que en San Genaro, así como en la mayoría de país, las mujeres son las auténticas jefas de las familias. Pero así como se contemplan escenas donde las mujeres son un roble, hay otras que realmente son trágicas y tristísimas: niñas de trece, catorce, o que difícilmente superan

los diecisiete años, convertidas en madres, y en sus rostros se desdibuja un futuro que parecía prometedor; y de igual forma, abuelas que, aunque luzca inverosímil, alcanzarán o rebasarán con esfuerzo los treinta y cinco años. Por ahí va llegando don Rafa, al que le dicen "Chácharas", vestido con camisa rosa chillante y pantalón gris oxford holgados, vestimenta que lo hace lucir como un chulo de poca monta de La Merced; llega con su inseparable refresco de cola de dos litros y fumando como si no hubiese mañana.

Pero no actué. Con su silencio, comprendí que Tacna estaba reclamando un espacio que sentía transgredido. Y me fui alejando. Primero, un alejamiento simbólico: me mudé a dormir a la sala. Luego, cuando el silencio se agudizó, me fui de la casa. Me fui con total discreción en una madrugada bastante templada. Y es por eso que hoy he vuelto, por última vez, aquí a San Genaro, porque la extraño a Tacna. Y también porque la entiendo. Y le he escrito una carta, pero no me atrevo a pararme frente a su puerta para echarla en el buzón. Creo que lo mejor será que se quede por un tiempo entre las páginas de *Tan poca vida*, que es la novela que actualmente me acompaña, y que curiosamente trata sobre los límites que la amistad y el amor pueden llegar a tocar.

Pora lo veo caminar como alma en pena a Paco "21 Joyas". Lleva tres semanas en total estado de embriaguez. Y no es gratuito: su madre falleció de la forma más cruel e indigna en que una persona de noventa y dos años puede morir. Voy a extrañar San Genaro. Por todo. Vivir en un barrio como éste es entender totalmente la esencia humana. Y además es histórico. El inmueble más antiguo data del siglo XVIII: se trata de una parroquia erigida en honor al santo patrón (sic) del lugar. Dicen que Porfirio Díaz pisó estos lugares durante los festejos del centenario de la Independencia para inaugurar la avenida principal que cruza al barrio de norte a sur. Dicen los vecinos más viejos que cuando comenzaba el ordenamiento urbano de este lado de la ciudad, San Genaro era un asentamiento irregular, y por lo tanto las autoridades querían sacarlos de estos terrenos y levantar el barrio por los rumbos de Tacubaya-Mixcoac, no obstante, los fundadores pidieron audiencia con el entonces Jefe del Departamento del Distrito Federal, Javier Rojo Gómez, quien a pregunta expresa sobre si preferían seguir aquí o irse al sur-poniente, ellos eligieron estas tierras. Por encima de todo esto extrañaré profundamente a Tacna. Junto, ante y fuera de ella comencé a aceptar varias cosas. Y el dolor de no estar más con ella es una de esas cosas. El dolor, paulatinamente, está siendo superado.